

Diario del asco

ISABEL BONO

Tusquets. Barcelona, 2020

248 pp. 18 €. Ebook: 8,99 €

Que nadie se llame a engaño, este *Diario del asco* no enmascara su intención: es un relato triste y en cierto modo descarnado, porque hurga en heridas comunes, invisibles, pero reales. Y aún así, lejos de provocar lo que sugiere, despierta emociones silenciadas, contenidas, solo desatadas cuando la mirada apunta a frentes de la realidad como los que anota quien sus-

cribe este “diario”. Triste es la realidad que revela: imágenes de un enjambre de vidas que remiten al mundo actual, una ciudad pequeña con mar al fondo, un protagonista, sus circunstancias y su mirada. No hay más que tristeza en este hombre, Mateo, 51 años. Viene a contar su historia cuando en realidad no era ese su propósito, porque asistió a la vida sin vivirla, sin asomarse. Pero las circunstancias le han llevado a escribir su vida como si fuera la de otro, a repasar sus recuerdos como si los hubiera vivido otro. ¿Y sus deseos?, ¿Y la búsqueda de su lugar en el mun-



TUSQUETS

do?... No aparecen. Nunca reparó en ello. Lo escribe por indicación de la psiquiatra, que le sugirió ver su vida ordenada para, quizá, de ese modo, encontrarse y encontrar respuestas. Eso ocurrió cuando empezó la segunda parte, cuando regresó a casa, después de haber estado ingresado en el hospital, con las “muñecas cosidas”.

Su título no engaña, no lo pretende. Por si no tienen noticia de la malagueña Isabel Bono (1964), sepan que en su haber literario consta una larga trayectoria poética (*Los días felices, Hojas secas mojadas, De otra vida*) y una primera incursión en la novela, en 2016, reconocida con el Premio Café Gijón, *Una casa en Bleturge*. Este segundo título mantiene el tono lírico y cierto vínculo temático, pero es otra historia, aunque comparte el significado de los sustantivos y adjetivos esenciales en la vida de este hombre: vínculos, amor, odio, familia rota, vejez, solo, asco, triste, miedo. Únicamente tres nombres comunes (madre, padre, hermano) y dos propios (Amalia, Micaela) componen el paisaje de sus afectos. Su diario es este ejercicio de escritura poética, fragmentada, cuyo significado va creando el lector. Tiene ritmo sin ser novela, sentimos hablar a los personajes

ESTE “DIARIO”, QUE FUNCIONA COMO UN EMOCIONARIO GENERACIONAL, ES UN RELATO TRISTE Y DESCARNADO CUYO CRUDO ENFOQUE DERIVA DE LA MIRADA POÉTICA DE LA AUTORA

siendo uno solo el que proyecta su voz, nos alcanza cuanto escribe, reconocemos la realidad y la idea de que “a la vuelta de cada cubo de basura hay una tragedia”. Si miras la ves, sugiere, sin dramatismos. El enfoque deriva de la mirada poética, la sensibilidad de la autora, su estilo impresionista, sin retoques.

Tiene el valor de un emocionario generacional: lo sugiere la edad del hombre, y todas esas circunstancias calladas, causantes de tantas lesiones silenciosas. Su estructura también lo hace especial: un anclaje sostenido en las cuatro partes que le dan sentido. Empieza con la confesión del dolor secreto por no saber: por qué la “madre se quitó del medio”, de dónde “el asco por vivir” del padre, la razón de la tortuosa relación con el hermano. Después la separación de su mujer, su cobardía. Al fin, la vida con la vejez del padre. Una tristeza infinita. Solo la compensación de una compañía que le hizo amar la vida unos meses. Y vuelta al principio: ausencias trágicas, soledad, y la obsesión por el hermano, único vínculo familiar vivo. Quizá ahí exista una posibilidad. Quizá la escritura de este diario no fuera inútil. Como no lo es enfocar la realidad, aunque a veces sea cruda, triste y descarnada. PILAR CASTRO

Café Jazz el Destripador

LUIS ARTIGUE. Pez de Plata. Oviedo, 2020. 292 páginas. 21,90 €

Autor de novelas como *Club La Sorbona* (2013), galardonada con el Premio Miguel Delibes, o *Donde siempre es medianoche* (2018), Premio Celsius, Luis Artigue (León, 1974) demuestra una vez más su talento y ambición al abordar la vida de Miles Davis en un relato-biopic ilustrado por Ángel de la Calle, y que retrata también a otro genio del jazz a y la autodestrucción como Charlie Bird Parker, que era, escribe, “el riesgo, la locura, el precipicio”. Con él y con Dizzy Gillespie, Davis descubrió la alegría de compartir escenario con genios desesperados como él, de crear magia con cada nota, pero también la desolación y locura de las drogas en un ambiente marcado por la posguerra, la segregación racial y el miedo.

No faltan, claro, los mafiosos, sus chicas, los todopoderosos representantes de las discográficas, el dinero fácil ni la certeza de que, al final, Miles Davis eligió ser grande por encima de ser feliz, ya fuese en Saint Louis o en los tugurios de Harlem en los que triunfó. El otro plano de la historia se desarrolla en paralelo a través de las sesiones de exorcismo a las que se somete el músico para intentar curar su drogadicción y que le llevan al París de Baudelaire. Un París muy distinto del que había disfrutado en 1949, cuando conoció a Sartre, Picasso, Boris Vian y Juliette Gréco, con la que vivirla una apasionada historia de amor. ELENA COSTA